

de que «contra más junticos, más calenticos», también se les alteraba la fisiología un tanto, y las exiguas hormonas excitaban los apetitos lúbricos, y calentaban las seseras un poco más de la cuenta. Se iba congregando la muchedumbre a toque de caracola, o de la corneta de cuerno que usan los pesqueros, bien en la plaza, bien en la lonja o en alguna plazuela y comenzaba a organizarse la estruendosa comitiva. Principiando el ritual por prenderle fuego a un pellejo de envasar vino, ya inútil para el uso, que iba pendiente de un alambre y atado a la punta de una larga pértiga, y que al arder desprendía un hedor insoportable. Perfume que provenía del cuero, del pelo del odre, y de la pez negra que estaba tapizado su interior, al quemarse conjuntamente. Se hacía un alto y «pará» en las principales bocacalles, y alguien, que siempre se hacía con la voz cantante conseguía a duras penas acallar el estrépito y clamaba con oz tonante:

—¿Quién se casa?

Y contestaba la muchedumbre:

—Fulano...

—¿Con quién?

—Con mengana.

—¿Y que la va a regalar?

—Un mandil...

—¿Para qué?

—«Pa» que se tape «el peregil»...

—¿Y qué más?

—Naaa; «Pos» que siga la

«cencerrá»

Y se reanudaba el estruendo con redoble vigor y más altos cecibelios. Los más viejos y los perezosos se asomaban regocijados y jubilosos al paso de la comitiva a presenciar el gratuito espectáculo. Menos los familiares de los contrayentes, claro.

A veces el regalo no era un mandil (ni que lo dijera Cristina «la Mora»), sino un «güeso» para que las cosas... fueran por lo tieso, o cerca. Que yo en ello no me quiero inmiscuir, pues una pluma, por humilde y anodina que sea, y a poco que se precie no debe prostituir su dignidad y buen corte, vertiendo en letras de molde conceptos y vocablos del más bajo talante barriobajero y soez.

Se visitaban las casas de ambos contrayentes, y se les sahumaba la fachada, la puerta, las ventanas, etcétera, con el dicho pellejo ardiendo donde las gotas de pez derretida, amén que alguna que otra botana, dejaban su marca de infamante Inri, con chafarriones de trazos imborrables. Los que más la gozaban era la chiquillería. Aquello era para nosotros una auténtica fiesta, y las razones eran varias, veamos:

Primero.—Se nos permitía salir de casa después de cenar; pero eso sí, te tenías que tener sabida la lección del día siguiente

y cumplidos los deberes, de la escuela o de la casa (las costumbres eran más severas). Y así pasaba que se aprendía más, mejor, y se formaba más netamente, más cumplidamente al niño. Aunque a veces, se extremara el rigor en ello. Segundo.—Un poco rezagados nos permitíamos el placer de fumarnos a hurtadillas los primeros pitillos de nuestra vida. Unos «mataquintos» (así los llamaban de lo detestables que eran) que costaban 15 céntimos de peseta el paquetillo de 15 pitos, y que eran un específico veneno potencial... Y tercero.—Porque siempre había un avispado rapaz que sabía apropiarse de alguna lata grande, o algún alcuzón viejo al que siempre rezagados de la muchedumbre vapuleábamos de lo lindo con unas estacas, que tampoco se podía precisar cómo habían llegado a nuestras manos, mientras tronábamos vociferando a coro:

«Fuego a la lata, fuego al candil fuego en los... calzones del tío Marín».

Por supuesto que el fuego no era en los calzones del tío Marín precisamente, aunque la cosa andaba muy cerca, pero que muy cerca.

Y a todo esto, ¿quién era el tío Marín? Ni lo sabíamos, ni nos importaba; para nosotros no tenía otro interés que el regocijo que nos suponía poder soltar la palabrota al amparo del infernal estrépito, y sin miedo a ningún castigo, pues sabías que ibas a quedarte en la impunidad y eso era para toda la pandilla escolar un goce insuperable. Por todo ello, cuánto anhelábamos la chiquillería que hubiera «cencerrá».

Así queda descrita en breves y desgarradas pinceladas, esta costumbre popular (ya perdida) para conocimiento de las generaciones actuales y venideras, y para recordatorio y nostalgia de otras que las vimos y vivimos, y que a buen seguro nos gustaría volver a saborear.

TOMÁS JIMÉNEZ GONZÁLEZ

Canciones Populares: jugando al rescate



¿Recuerdan ustedes aquel juego infantil? Me viene a la memoria los primeros intentos, tímidos y pudorosos, que se llevaron a cabo para introducir la coeducación, o sea, que estuvieran chicos y chicas en la misma clase y formaron un tercero de bachiller mixto en el que incluyeron a los que suponían más civilizados, o más tímidos, o vaya usted a saber más qué, y no sé qué conclusiones sacarían de la experiencia (nos volvieron a separar al año siguiente) pero, sí sé, que jugábamos a unos rescates mixtos...

En fin, dejémonos de batallitas puesto que el rescate al que vamos a referirnos no es ése y además nos hemos tenido que remontar algo más atrás que nuestra infancia. Las tradiciones orales son, en los pueblos, una de las pocas delicias que van quedando: leyendas, consejas, refranes, mayos, tonadillas... constituyen muchas veces el único acervo cultural de que disponen, nada despreciable por cierto, y guardan su sencilla frescura, su tierna expresión de amor y su graciosa picardía sin que los años causen más deterioro —eso sí, gravísimo— que la fragmentación o el olvido. Por eso hoy vamos a tener la osadía de «rescatar» en *Montesinos*, para la posteridad, algunas canciones populares de Brazatortas, incluyendo unos humildes pentagramas. No es todo; ni siquiera sé si la música responde exactamente a la copla. Se ha hecho lo que se ha podido, pero es algo que puede ayudar a impedir que se deterioren más y acaben perdiéndose. Además, es fácil que otros más jóvenes y preparados tomen la antorcha y salven todo lo salvable. Animo, boys (¡boys, boys, boys...!)